

LEV TOLSTÓI

**La ley de la violencia
y la ley del amor**

«Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo».

Mateo 10, 28.

A consecuencia de la tergiversación del cristianismo, la vida de los pueblos cristianos se ha vuelto peor que la de los pueblos paganos.¹

La reparación del mal existente en la vida no puede comenzar sino por el desenmascaramiento de la mentira religiosa y el establecimiento de la verdad religiosa en el interior de cada uno.

Los sufrimientos de una vida irracional crean la necesidad de una vida racional.

Todas las desgracias de la humanidad y de cada individuo en particular no son inútiles y conducen siempre a los hombres, aunque sea indirectamente, a la labor que les está predestinada: el perfeccionamiento.

1. N. del T. Las citas de las que no se indican autor corresponden tanto a obras previas del escritor como a la obra *Círculo de lectura*, en la que Tolstói recogió aforismos y pensamientos propios y de grandes personalidades de la cultura universal.

PRÓLOGO

«Y el juicio está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras. Pero el que obra la verdad, va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios».

Juan 3, 19-21

No hay peor desgracia que cuando un hombre comienza a temer que la verdad lo desenmascare.

Pascal

La gloria de los justos reside en sus conciencias, no en la boca de los hombres.

Escribo esto solamente porque, conocedor de lo único que puede librar a los hombres de la cristiandad de los terribles sufrimientos físicos y, sobre todo, de la degradación espiritual en la que no hacen sino atascarse cada vez más, yo, con un pie al borde de la tumba, no puedo callarme.

En nuestro tiempo no puede no ser claro para quienes ejercen el pensamiento que la vida de los hombres —no sólo de los rusos, sino de todos los pueblos de la cristiandad, con la creciente miseria de los pobres y la suntuosidad de los

ricos, con la lucha de todos contra todos, revolucionarios contra gobiernos, gobiernos contra revolucionarios, pueblos oprimidos contra sus opresores, Estados contra Estados, Occidente contra Oriente, con ejércitos cada vez más grandes que devoran las fuerzas del pueblo, con el refinamiento y corrupción que le son característicos—, que semejante vida no puede continuar, que la vida de los pueblos cristianos, si no cambia, será inevitablemente más y más calamitosa.

Eso está claro para muchos, pero, por desgracia, la gente a menudo no ve la causa de esta calamitosa situación y menos aún los medios para librarse de ella. Se toman por causa muchas y muy diversas circunstancias y se proponen medios muy diversos para la liberación. Sin embargo, la causa es una sola, al igual que el medio para la liberación

La causa de la calamitosa situación en que se encuentran los pueblos cristianos reside en que estos carecen de una comprensión superior y común del sentido de la vida, de la fe y de la guía de conducta que deriva de ella.

El medio para librarse de esa calamitosa situación —medio no fantástico, no artificial, sino de lo más natural— consiste en que los hombres de la cristiandad asimilen esa comprensión superior de la vida que les fue revelada hace diecinueve siglos y que corresponde a la edad actual de la humanidad, así como la guía de conducta que deriva de ella, es decir, la *doctrina cristiana en su verdadero sentido*.

I

Una de las más burdas supersticiones es la de los hombres letrados acerca de que el hombre puede vivir sin fe.

La verdadera religión consiste en establecer con el infinito que nos rodea una relación tal que vincule nuestra vida con ese infinito y guíe nuestros actos.

Si caes en la cuenta de que careces de fe, sabe que te hallas en la situación más peligrosa en la que puede encontrarse un hombre en este mundo.

Los hombres pueden vivir y viven la vida racional y armónica que les es inherente sólo cuando los une la fe en una comprensión del sentido de la vida que satisface por igual a la mayoría de ellos y les brinda una guía de conducta. Pero, cuando sucede lo que no puede dejar de suceder, ya que la explicación del sentido de la vida y la guía de conducta que deriva de ella nunca son definitivas, sino que se modifican a cada paso; cuando sucede que, por un lado, la comprensión del sentido de la vida se vuelve más precisa y definida y requiere otra guía de conducta, pero, por el otro, la vida del pueblo o de los pueblos continúa por los carriles de antes, la vida de tales pueblos tiende a disgregarse y a volverse calamitosa. La disgregación y la calamidad no hacen sino

aumentar en la medida en que los hombres no asimilan la comprensión religiosa propia de su tiempo y la guía de conducta derivada de ella, siguen viviendo según una pauta ya obsoleta y tratan de inventar por medios artificiales una concepción que justifique su modo de vida, que ya no se corresponde con las necesidades espirituales de la mayoría de ellos.

Esto se ha repetido muchas veces en la historia, pero creo que nunca esa divergencia ha sido tan grande como lo es ahora entre los pueblos cristianos, que no han asimilado *en su verdadero significado* la doctrina cristiana que les fue revelada y la guía de conducta derivada de ella, y siguen llevando una vida pagana.

Creo que dicha divergencia en la vida de los pueblos cristianos es singularmente grande porque la comprensión cristiana de la vida se adelantó demasiado al modo de vida de los pueblos que la adoptaron, de ahí que también la guía de conducta derivada de ella se opusiera demasiado no sólo a las costumbres personales de los hombres, sino también a todo el modo de vida de los pueblos paganos que la adoptaron.

De ahí esa asombrosa disgregación, esa inmoralidad, esa calamidad, esa sinrazón de la vida de los pueblos cristianos.

Ello ocurrió porque los hombres de la cristiandad, al adoptar, a título de cristianismo, la doctrina de la iglesia, que en sus fundamentos se distinguía del paganismo sólo por su insinceridad y artificialidad, muy pronto dejaron de creer en esa doctrina y no la sustituyeron por ninguna otra. De modo que los hombres de la cristiandad, cada vez más liberados de la fe en la tergiversada doctrina cristiana, terminaron llegando a la situación en la que se encuentran actualmente, cuando la mayoría de ellos no cuenta no ninguna explicación del sentido de su vida, es decir, ninguna religión, fe y ninguna guía común de conducta. La mayoría

de los hombres, el pueblo trabajador, si bien en apariencia sigue la antigua fe de la iglesia, ya no cree en ella ni guía su vida por ella; sólo la sigue por costumbre, tradición y decoro. En cambio, la minoría, las llamadas clases cultas, en su mayor parte ya no cree conscientemente en nada, y sólo por razones políticas algunos de sus miembros simulan creer aún en el cristianismo de la iglesia, mientras unos pocos —los menos— creen sinceramente en una doctrina incompatible con la vida y alejada de esta, y tratan de justificar su fe con diversos y sofisticados sofismas.

En esto reside la principal y única causa de la calamidad que los pueblos cristianos padecen en nuestros días.

Esta calamidad se ve agravada además por el hecho de que ese estado de falta de fe se prolonga ya hace mucho tiempo, y sucede que, entre los hombres de la cristiandad, aquellos que se ven favorecidos por esta falta de fe, todas las clases dominantes, o bien simulan del modo más descarado creer en lo que no creen ni pueden creer, o bien —en particular los letrados más corrompidos de entre ellos— predicar sin más que para los hombres de nuestro tiempo no hace falta en absoluto ninguna explicación del sentido de la vida, ninguna fe ni guía de conducta derivada de esta, y que la única ley fundamental de la vida humana es la ley del desarrollo y de la lucha por la existencia, y que por eso la vida de los hombres puede y debe guiarse sólo por la concupiscencia y las pasiones humanas.

En esta falta inconsciente de fe del pueblo y en la negación consciente de la fe por parte de los llamados hombres cultos de la cristiandad reside la causa de las desgracias de quienes la integran.